

debido á la influencia de la civilización de los árabes, ora con el aspecto caballeresco de la época, como en los *fabliaux* franceses, los cuentos de *Boccaccio*, y otros.

En éstas, como en las antiguas, el fondo de la relación era un asunto sencillísimo, en que lo absurdo, lo fantástico y lo convencional entrelazaban sus brillantes hilos de falsa pedrería con la tosca urdimbre del argumento novelesco.

En Francia no se daba el nombre de *Roman*, en la Edad Media, más que á composiciones épicas escritas en verso (con excepción de las antiguas *Chansons de geste*) y en las que no del latín, sino del lenguaje del pueblo (lengua romana) usaba el compositor. Pero tal nombre no se empleó para la epopeya en prosa, sino hasta que traducida al francés la historia del caballero Amadís de Gaula, se designó este libro con el título de *roman*, novela.

Desde entonces las composiciones en prosa de este género, toman todo el carácter especial de una época en que los acontecimientos heroicos ó sobrenaturales, la quintaesencia poética de los sentimientos, las titánicas luchas del corazón en los embates de una vida aventurera, forman la florecencia brillante y enfermiza de una planta cuyas raíces aún no recibían la savia vigorizadora de nuestra edad realista: gigantes que valiéndose de encantamientos, roban doncellas ó princesas; caballeros que después de correr peligros espantosos, las libertan de su poder ó maleficio; el aturdimiento y la fidelidad, en el amor, la hidalguía en los combates, son los elementos que sirven de base á esas narraciones extrañas y maravillosas de la Edad Media.

Ya desde el siglo XVI, empero, á España le cupo en suerte, ser la primera que encaminó la novela por una senda más real, más naturalista, como hoy decimos. Los caracteres son tomados del natural y en sus novelas picarescas siempre encontraremos bajo una forma, por lo general truhanesca, un verdadero cuadro de costumbres admirable y fielmente bosquejado; y la *Celestina*, escrita en 1499 por Rodrigo de Cota, acaso fué la primera que sirvió de modelo á las demás de su especie, que más tarde se publicaron así en España como en países extranjeros: la novela alemana *Simplicius Simplicissimus* y el *Gil Blas* de Lesage, pudieran servir de comprobación á lo que, tal vez atrevidamente, hemos apuntado.

Mayor gloria le estaba aún reservada á España. Un ingenio, único y portentoso, produjo un libro admirable cuyos vivísimos destellos bastarían por sí solos para ofuscar los esplendores del sol de aquellos orgullosos aventureros, el cual jamás se ponía en sus dilatados dominios. Pero ay! para España éstos se han perdido, aquel sol ya no alumbra sino menguados girones de su antigua opulencia, mientras que de las deleznables páginas, escritas por el ilustre mutilado de Lepanto, brotan aún, claridades, fulgores y relámpagos que alumbran con indeficiente luz todos los ámbitos del mundo de las letras!

También en Francia, aunque en menor escala, escribió Rabelais un cuadro crítico-burlesco de la influencia de las costumbres de la Edad Media en los tiempos modernos, como se ve en su "*Gargantúa y Pantagruel*."

Más tarde, Madame de Seudery, en Francia y Lohenstein, en Alemania, tomaron como principal argumento de sus novelas sus propias aventuras amorosas, mientras que en Inglaterra, ya desde el siglo XVIII, descubren sus escritores ese espíritu práctico y tendencias realistas, como vemos en las